

No creo en los psicólogos. Mandatos, identidades y necesidades

**I do not believe in psychologists.
Mandates, identities and needs**

José Eduardo Viera Paparamborda

Universidad de la República del Uruguay

Resumen. Registramos percepciones y valoraciones de sujetos diversos respecto a la disciplina psicológica; sus prácticas adjudicadas y las que debería realizar. Intentamos elucidar identidades y mandatos que inciden en el quehacer profesional, y como se registran cambios en ellos desde las diversas situaciones históricas, sociales, culturales, políticas. Tomamos dos estudios realizados por organizaciones académicas y profesionales de Uruguay: Coordinadora de Psicólogos, que agremia a los profesionales de la Psicología en el país; Escuela Universitaria de Psicología de la Universidad de la República, institución que sustituía a la Licenciatura en Psicología, clausurada por la intervención de la dictadura uruguaya (1973-1985). Desde esos primeros insumos, transitamos reflexivamente momentos socio-políticos significativos para nuestro país y la región, arribando a los tiempos actuales y, desde ellos, cuestionarnos sobre psicologías necesarias y posibles en nuestro continente. Proponemos a la psicología de la liberación, en tanto una psicología política de latinoamericanos/as para latinoamericanos/as.

Palabras clave: Identidades, Mandatos, Percepciones, Prácticas Psicológicas, Psicología Política Latinoamericana

Resumo. Registramos percepções e avaliações de diversos assuntos sobre disciplina psicológica; práticas premiadas e o que ele deve fazer. Tentamos elucidar identidades e mandatos que afetam o trabalho profissional, e como as mudanças são registradas neles a partir das diversas situações históricas, sociais, culturais, políticas. Partimos de dois estudos realizados por organizações acadêmicas e profissionais no Uruguai: Coordenadora de Psicólogos, que agride profissionais de psicologia no país; Escola Universitária de Psicologia da Universidade da República, instituição que substituiu o Bacharelado em Psicologia, encerrada pela intervenção da ditadura uruguia (1973-1985). A partir desses primeiros insumos, nós transitamos reflexivamente momentos sociopolíticos significativos para o nosso país e a região, chegando aos tempos atuais e, a partir deles,

questionando sobre psicologías necesarias e possíveis em nosso continente. Propomos a psicología da libertação, como uma psicología política dos latino-americanos para os latino-americanos.

Palavras-chave: Percepções, Mandatos, Identidades, Práticas Psicológicas, Psicologia Política da América Latina

Abstract. We record perceptions and assessments of diverse subjects regarding psychological discipline; awarded practices and what it should do. We try to elucidate identities and mandates that affect professional work, and how changes are recorded in them from the various historical, social, cultural, political situations. We take two studies conducted by academic and professional organizations in Uruguay: Coordinator of Psychologists, which assaults psychology professionals in the country; University School of Psychology of the University of the Republic, institution that replaced the Bachelor of Psychology, closed by the intervention of the Uruguayan dictatorship (1973-1985). From these early inputs, we are reflexively going through significant socio-political moments for our country and the region, coming into current times and, from them, questioning about necessary and possible qualities on our continent. We propose to the psychology of liberation, as a political psychology of Latin Americans for Latin Americans.

Keywords: Perceptions, Mandates, Identities, Psychological Practices, Latin American Political Psychology

Introducción

Si bien por el título de esta comunicación, se podría llegar a esperar algo así como la declaración última de un psicólogo defraudado de su profesión, lo que sigue busca ser, por el contrario, un aporte constructivo para reflexionar sobre y desde nuestra disciplina. Haber elegido tal título se vincula a la escucha repetida de esa frase por parte de personas que intentan declarar con ella su no aceptación de la validez de nuestra ciencia. Nos interesa que veamos algo de lo tanto que puede transmitir esta aseveración.

Creencia significa, entre sus diversas acepciones: “Fe y crédito que se da a algo” (Vastus, 1949); esto es: remite a un plano de fe. O sea, que si respecto a la no creencia en Dios hablamos de ateo, aquí estaríamos en algo parecido al “a-psico”. Seguramente, comenzar desde este plano de análisis nos permita reflexionar sobre las depositaciones (Pichón Riviére, 1985; Paulo Freire, 1971) que estructuran aspectos de nuestro rol o quehacer, entendiendo por ello las diversas ideas, prejuicios, estereotipos que se colocan en la definición de la función “psicólogo/a”. Este primer depósito nos pone muy cerca del hechicero o el brujo que por artes de magia enfrenta situaciones varias. Cabe recordar las primeras versiones de la

enfermedad mental como posesión diabólica que, genealógicamente, podrían sustentar de cierta manera esta visión del psicólogo como alguien en quien se “cree” o no.

Cuando está en juego la fe también tenemos lo omni-poderoso y así llegamos al psicólogo que todo lo ve, todo lo sabe y todo lo puede, más allá que cualquier ser normal, sólo poseedor de artes y técnicas. El “Gran Dios Psi” o un infeliz parlanchín.

Finales de dictaduras e inicios de democracias formales en América Latina – Décadas 80’ y 90’

De la revista “*Sic*” de la Coordinadora de Psicólogos del Uruguay (1989) extraemos algunas frases planteadas en respuesta a una encuesta realizada a fines de los 80’ con estudiantes de 3er año de psicología de la Universidad de la República del Uruguay, provenientes de diversas zonas del país:

Cómo son los psicólogos: Parecido al psiquiatra, pero diferente; Son los que trabajan en los hospitales con enfermos de la cabeza; Es una persona muy tranquila; Está para escuchar...es más bien un confesor; Es como el oculista, pero bastante más bravo; Tiene que tener una inteligencia un poquito más de lo común; Según mi abuela terminan locos.

Seguramente el paso de los años debe haber cambiado algo de este “imaginario”, pero ¿cuánto? En todo caso, observamos un registro discursivo que ubica el quehacer psicológico básicamente centrado en lo terapéutico, en el afrontamiento de lo enfermo que, para el caso, se define como “lo loco”. De hecho, finalmente, en algunas percepciones, también registrados deviniendo locos por tanto trabajar con ello. Siguiendo con la lectura posible del plano de adjudicaciones, ubicamos un sujeto más inteligente de lo común, que sabe escuchar y ayuda a ver (más que el oculista); un sujeto muy tranquilo, tal vez en confrontación con la imagen que se tiene de quienes les van a consultar. En este plano podríamos pensar las adjudicaciones generales que se otorgan al saber legitimado y los poderes delegados sobre profesionales que detentan la autoridad respecto a la salud, lo jurídico, lo económico. Finalmente, autoridad política, que coloca a quien consulta o quien recibe el servicio, como un sujeto sin poder y descalificado. Relaciones de poder y saber (Foucault, 1978) que establecen vínculos asimétricos y a veces oclusivos de la realización subjetiva e intersubjetiva.

Cómo deberían ser: Tendría que ser como el psiquiatra, tener más conocimientos; Saber educar a la persona enferma; Tenes que ser humano, ante todo, si vos pensás primero en el dinero ya sos un mal profesional en todo orden; Haber vivido en carne propia muchos de los problemas; Preocupado por salvarte.

El psicólogo, como veíamos en el anterior comentario, colocado en un lugar de poder, pero, también ubicado en las escalas jerárquicas de pode-

res y, desde allí, inferior en saber y poder al psiquiatra. Poderes al interior de las disciplinas que reflejan en lo social y las percepciones y valoraciones de los sujetos. En esa escala, igualmente, con un poder importante sobre el otro, como para ser su educador, guía en los caminos de la salud y, si tomamos anteriores planteos (“confesor”), con un poder casi religioso. Nuevamente, se podría interpretar una cierta sumisión hacia un sujeto portador de saber y poder, tanto, que puede “salvar” a quién lo consulta. Claro que, para estar ubicado en ese lugar, también debería asumir ciertas características, diversas a los sujetos comunes; su profesión como un oficio de bondad y entrega sin intereses mundanos, como el obtener una ganancia por su trabajo (dinero). Parece interesante esta línea de reflexión, para pensar las dificultades subjetivas que a veces tienen algunos psicólogos y psicólogas en cuanto a recibir el pago de sus servicios. Las adjudicaciones y depositaciones de rol (Pichón Rivière, 1985) muchas veces son actuadas por los sujetos depositarios. Claro que, tomando en cuenta algunas de las frases que venimos registrando (confesar, educar), también con la capacidad de depositar en el otro sus reglas de vida a partir de su saber y poder. Un sujeto normativo, que “enseña” los caminos de la salud a través de su omnisapiencia que, algunos encuestados, le atribuyen y otros desearían tuviera. ¡Que decepcionante debe ser escuchar el manejado comúnmente “¿Y a usted que le parece?”

Lugares en que son necesarios: En todos los barrios, en toda la gente, sobre todo entre la gente pobre; Lugares donde la gente se pueda expresar..., no en el consultorio como tienen ellos.

La actividad de la psicología es percibida aquí como importante para que toda la población pueda recibir los beneficios de sus prácticas, pero, principalmente las poblaciones más vulnerables-vulneradas (en la frase llamadas “pobres”). De alguna manera, para que esto sea posible, parece plantearse la necesidad de la salida de los psicólogos y psicólogas de sus consultorios, sus gabinetes, para encontrarse con las personas en sus espacios de vida, “lugares donde la gente se pueda expresar”, que no parecen ser otra cosa que la vida cotidiana y aquí toda la reflexión que aportaba Ignacio Martín-Baró (1986) como ámbito privilegiado de acción de la psicología: esa vida cotidiana donde se manifiesta el sentido común ideologizado, constituido por una serie de naturalizaciones inconscientes que producen gestión de la vida y su reproducción, a veces fuertemente contradictorias con una vida digna y saludable para todos y todas.

En las adjudicaciones y depositaciones que venimos observando parece definirse también la influencia del “modelo médico hegemónico” (Eduardo Menéndez, 1991) sobre las profesiones identificadas con la capacidad de curar, en los imaginarios de la población. Se adjudica al profesional el poder sobre la vida y la muerte y, de esta manera, se asume ante él/ella una postura pasiva, sumisa, dependiente, ya que ese ser todopoderoso es el único capaz de “liberarlo” de su padecer, de su ser “paciente”. Lejos queda entonces el concebirse como sujeto participante y creativo para la

propia construcción, junto a otros, de mejores niveles de salud. Podríamos pensar si la formación del propio psicólogo y psicóloga no responde también, y todavía, a este modelo médico hegemónico. Hablamos de los “pacientes”, imaginamos nuestro propio “consultorio”, enfocamos como base de nuestro hacer, diagnosticar y/o curar la enfermedad. La misma formación entonces, podría estar respondiendo a expectativas no del todo conscientes de los estudiantes que llegan desde ese imaginario social (Castoriadis, 1975) que veíamos antes.

1982 en Uruguay – Salidas de la dictadura cívico-militar y negociaciones para entrar a la democracia formal

Escuchemos ahora algunas respuestas planteadas por estudiantes ingresados en el año 1982 a la Escuela Universitaria de Psicología, institución pergeñada en tiempos dictatoriales para sustituir a la licenciatura en psicología clausurada por la intervención de la Universidad. Los y las estudiantes contestaban a un cuestionario elaborado desde el área de Psicología Social de aquella época. Dicho cuestionario fue aplicado a algunos estudiantes del curso, constituyendo una muestra aleatoria de unos 100 estudiantes de ambos sexos y con edades ubicadas entre los 20 y 40 años.

Para el caso de este análisis, consideramos una pequeña muestra de 20 encuestas representativas de ese estudio. Las preguntas apuntaban a investigar:

1. El o los contactos anteriores con la profesión que los llevaron a elegirla.
2. Contribución de la psicología a la sociedad.
3. Posibilidades del ejercicio del rol de psicólogo (se marcaron tres opciones que, viéndolas actualmente, consideramos muy limitadas: conocerse a sí mismo/ tomar contacto con una ciencia humanística/ mejorar las relaciones interpersonales)
4. Expectativas en el futuro ejercicio profesional.

Contactos anteriores con la profesión fueron: psicoterapia (13 respuestas); programa de filosofía, bachillerato o magisterio (3 respuestas); otro tipo de consulta psicológica (2 respuestas); psicología laboral (1 respuesta); psicología social (1 respuesta); publicidad (1 respuesta).

Nuevamente, lo terapéutico aparece como lo privilegiado y desde allí, un modelo identitario que hace que después quiera ser como aquel o aquella que me “educó”, me “confesó” y/o me “salvó”.

Contribución de la Psicología a la Sociedad: Ayuda en todo; Enfocando todo; Cambiando casi todo de raíz; Que toda la Sociedad pueda acceder a una terapia, estudio laboral, vocacional, etc.; Psicología social, popular, al alcance de todos; Siendo más popu-

lar y que no se les cobre tanto a los “pobres enfermos”; Permitted el acceso de todos a la Psicología; Cuando se llegue a una Psicología popular (acceso económico); Educación social, enseñarle a la gente a aceptar y superar los duelos; Permitted que la gente pueda disfrutar más de la vida; Ayuda a superar o aceptar problemas; Tratando de encontrar entre todos un camino de paz, comprendiendo y comprendiéndose; Formación y ayuda a cada persona. Negativa aplicada en política, industria, medicina, etc.; Ayudando en la planificación integral de estudios; Incluirse en el marco educacional del individuo desde el nacimiento; Asestando a padres y educadores en relación a la Educación; Orientando vocacionalmente; En equipos multidisciplinarios que colaboren en programas de salud mental.

Vemos el absolutismo del poder adjudicado. Abarcar un “todo” para sanarlo, cambiarlo todo “de raíz”. Seguimos en esta línea de análisis y vemos que los “todos” siguen apareciendo: toda la sociedad, psicología al alcance de todos/as. Un absoluto que puede ser riesgoso en cuanto a las expectativas colocadas sobre el rol y que, sin saberlo o quererlo, podemos actuar. De hecho, incluso, para cumplir ese rol depositado, una vez más aparece esa mirada del sujeto psicólogo como alguien fuera de lo humano común, sin necesidades que hagan que tenga un reconocimiento salarial a sus funciones. Ayuda, educa, permite, encuentra, asesora, colabora, ya sea para transformar, superar problemas o, al menos, aceptarlos. Tal y como puede ser vista la visita al confesor para las y los sujetos de algunas religiones. Resulta llamativa la respuesta que excluye explícitamente la intervención de la psicología en ámbitos como la política, la industria, la medicina. No tenemos datos suficientes para ampliar interpretaciones sobre este punto, pero si nos interesa pensar en aquello que planteaba Martín-Baró (1983) en cuanto la asepsia. La ciencia no debería contaminarse con aspectos que parecen ser de otros y, básicamente, pensando en la psicología, parecería que inmiscuirse en lo político (ámbito adjudicado a los políticos profesionales) la haría impura, ya no cargada de esa religiosidad y saberes omnipotentes de los que hablábamos antes. Justamente, adelantando planteos, pensamos lo contrario. La psicología, para poder cooperar en acciones que contribuyan a la vida digna de los sujetos, debe asumirse y actuar con conciencia política de sus prácticas, sus efectos y sus elecciones.

Posibilidades del ejercicio del rol: Mejorar relaciones interpersonales (11 respuestas); Conocerse a sí mismo (10 respuestas); Contacto con ciencia humanística (4 respuestas)

Expectativas de rol: Psicología infantil (4 respuestas); Clínica (3 respuestas); Comunicarme con las personas y ayudarlos a ayudarse (1 respuesta); Ayudar a la sociedad en que vivo (1 respuesta); Ayudar a los individuos a conocerse a sí mismos (1 respuesta); Lograr una psicología popular (1 respuesta); Lograr la mejoría de la Sociedad, luchar contra los atropellos humanos (1 respues-

ta); Encontrar juntos un camino de paz (1 respuesta); Entrar en el “ramo” de la medicina o la publicidad (1 respuesta)

Importa ver que aparecen referencias a lo social. Parece ser condición sustantiva para la pertinencia y la cooperación posible y concreta de la psicología, que ésta sea “popular” lo cual, acorde al conjunto de respuestas, podría estar significado en el acceso económico a ella y a los espacios donde se trabaje, en contacto con la gente común.

De lo recogido en los dos instrumentos, planteados por organizaciones diversas y en diferentes momentos históricos, se deduce que lo asistencial define el rol y sus posibilidades y, a la vez, la educación aparece muy cercana a nuestra profesión, casi como sinónimos. El psicólogo sería un docente que “ilumina” a la gente con su saber.

En algunas respuestas podemos encontrar bastante claramente la influencia de los momentos históricos en la elección vocacional; así, “encontrar juntos un camino de paz”, “cambiar casi todo de raíz”, “aceptar y superar duelos”, “luchar contra los atropellos humanos”, aparentan ser deseos emergentes de la situación socio-política que nuestro país atravesaba en aquel momento, en cuanto estertores finales de la dictadura o, al menos, estertores formales del final de ella.

Muchas respuestas muestran la preocupación del “acceso de todos” a la Psicología, implícitamente significando la preocupación por lo económico, en un ámbito mucho más amplio que el acceso a la atención psicológica. Basta pensar la situación laboral y salarial que caracteriza a nuestras sociedades dependientes; una cierta precariedad estable definida en los tiempos globales del capital internacional y volátil.

Considerando lo que antecede, es dable analizar y auto-analizarse respecto a las marcas históricas que están influyendo en nuestras opciones profesionales y a qué demandas reales están respondiendo. En definitiva, ¿con qué estructura ideológica sustentamos nuestra tarea? Como dice Osvaldo Graña (1991) “Somos productos y productores de situaciones. Hay que ver que conciencia tenemos de las sobre-determinaciones que nos hizo o hace productos, pero también de las que nos llevan a producir-reproducir cuando nos enfrentamos a esa realidad...” (p. 8)

Ideas e imaginarios, más allá de las necesidades individuales, responden a necesidades implícitas en la Sociedad, atravesada en aquel momento y aún hoy -con las diferencias indudables que implican un régimen dictatorial y uno con tendencias formalmente democráticas- por crisis estructurales que demandan profundos cambios. El tema es preguntarnos como logramos la lectura de esa demanda y la instrumentación adecuada para una praxis productiva. Creemos que un primer paso es reflexionar sobre nuestra formación. Pichón Riviére (1985) planteaba que los planes de estudio desconocen y escamotean la realidad social en la que ha de desenvolverse la tarea de los profesionales de la salud mental. En este mismo

sentido, Mirta Videla (1991) dice: “Por lo general el trabajador psicológico está basado en conceptos ajenos a la organización social a la que pertenece. Parecería, con frecuencia, que ocupa y asume, como profesional de la salud casi un lugar imaginario” (p. 27)

No queremos dejar de considerar todas las experiencias creativas que se han realizado y realizan a fin de revertir esta situación, pero nos preguntamos si, a pesar de ello, no nos estereotipamos en estilos, formas y modos de enfoque. La historia de nuestra profesión muestra sus inicios vinculados a lo pedagógico y lo médico, así como en el mundo del trabajo y la guerra, lo cual seguramente influyó en su devenir histórico e, incluso, en el imaginario social. No olvidemos que anteriormente veíamos como funciones principales adjudicadas al rol del psicólogo se relacionaban con la educación y lo curativo.

Victor Giorgi (1990) plantea:

El psicólogo, a través de su formación queda atrapado entre dos modelos identificadorios; uno vinculado básicamente a la enfermedad: el modelo médico, y el otro a la práctica psicoterapéutica individual: el modelo psicoanalítico. (pp. 144-145)

Más allá de los reales deseos de cambio, existe el peso de la demanda de lógicas hegemónicas de poder que, en cierta forma, delimitan los espacios de inserción, técnicas permitidas y objetivos de intervención posibles. Estamos incluidos en una sociedad que exige determinados tipos de vínculos sociales para mantener relaciones de producción adecuadas a la reproducción del sistema. Lo normal entonces, puede ser lo adaptado a este sistema y, curar sería eliminar las contradicciones planteadas, para adaptar a los sujetos. Lograr como decía Enrique Sobrado (1978), “un sujeto sujeto”.

Néstor Braunstein (1989) dice:

El promedio no es, en consecuencia, la fuente de la normalidad (...) el promedio expresa ya la existencia de una norma social vigente y operante en el proceso de sujetación (...) Se omite investigar cual es la causalidad estructural por la que aparecen esos promedios y no otros (...) en cada formación social “se” fijan los estándares de productividad, de conciencia y de adaptación conductual de sus integrantes y son inculcados por medio de la familia, la escuela, los medios de difusión de masas y demás aparatos ideológicos (p. 399)

Puede sucedernos actuar técnicamente una ideología que conscientemente no compartimos pero que está enraizada en nuestra propia sujetación dentro de la estructura social. A esto nos referimos cuando planteamos la necesidad de reflexionar sobre nuestra propia formación. Trabajamos con sujetos y como sujetos, ubicados en un momento histórico particular, con supra-estructuras e infra-estructuras que inciden en nuestro accionar. Definir los roles que nos son adjudicados es empezar a decidir

sobre el rol, o mejor, las prácticas, que realmente deseamos asumir. Resaltamos la necesidad de ámbitos de investigación que nos permitan esos espacios de reflexión. Consideramos que ellos deben realizarse desde la misma praxis con la gente, en un constante intercambio creativo que explicita lo implícito y produzca un nuevo vínculo técnico-comunidad. Dicho vínculo debería estar definido desde la participación y la actitud crítica, considerando a esta última como la capacidad de interpelar y problematizar los hechos, aún los más obvios, buscando romper mitos e ideologizaciones alienadas y recuperando el sentido histórico de los mismos (Giorgi, 1990).

Otros muchos aspectos necesitamos considerar en la explicitación de los factores determinantes de nuestro ejercicio profesional. Nos gustaría ahora enumerar brevemente algunos.

Históricamente tener una profesión liberal significaba adquirir un lugar de prestigio y reconocimiento social. Quedaba planteada algo así como una clase de los profesionales, dueños de una parcela de poder. Todos esos aspectos incidían en una diferenciación a nivel del imaginario social entre los profesionales y los trabajadores comunes. ¿Qué nos sucede actualmente?; ¿Los psicólogos nos concebimos a nosotros mismos como trabajadores o “pequeños hombres de negocio que se disputan el paciente privado” (Videla, 1991, p. 11)? ¿La liberalidad aséptica de la profesión o el trabajo comprometido a favor del cambio social?

Relacionado al punto anterior, importa hacer referencia al trabajo honorario. “Hay que adquirir experiencia”, “es la única forma de trabajar”, “fue lo único que conseguí”. Frases típicas que todos hemos escuchado y algunos expresado. Salimos con nuestro título bajo el brazo a ver si tenemos la suerte que nos den un espacio donde trabajar y quizás, algún día, lograr ser remunerados. No negamos la importancia de la adquisición de conocimientos en la práctica, ni la necesidad de ocupar lugares que se nos abren; pero nos interrogamos si acaso esa oferta masiva de profesionales deseosos de trabajar sin sueldo, no desvalorizan en cierta forma nuestra tarea y, a la vez, no frustran el total compromiso del propio profesional. A nivel del imaginario social puede aparecer una dicotomía en donde lo terapéutico privado es lo valorizado y las otras tareas algo secundario. Por otro lado –seamos claros– necesitamos tener un sueldo para cubrir nuestras necesidades. Nuestra profesión es la habilidad que tenemos para hacerlo y no una actividad para la realización personal. Sabemos que este punto de vista es polémico y justamente por ello lo planteamos. Básicamente, necesitamos polemizar.

Continuamente intentamos asistir al mayor número de cursos, congresos, seminarios, con un afán muy válido de formarnos constantemente y mejorar nuestros conocimientos, pero, también, lamentablemente, con el sólo fin de acumular méritos. Varios aspectos son analizables en este sentido, tomemos un ejemplo: los cursos. Más allá de la real necesidad de

formación permanente, muchas veces puede existir implícitamente una actitud de inseguridad del propio conocimiento y autoformación y, de allí, una dependencia de alguna manera patológica del docente-padre que todo lo sabe y todo lo puede. Las “vacas sagradas” es un término entre otros con que se nombran a los profesionales más reconocidos y respetados en su especialidad. Sagrado nos remite a lo divino, al Dios al cual se debe reverencia y sumisión. Vamos a “Super-Visar”, algo así como que nuestro trabajo sea visto por un ser superior y, por supuesto, aceptado por él, lo cual nos permite continuar por la senda del bien, que algunas veces puede significar actuar a imagen y semejanza, manteniendo estructuras estereotipadas. Algo, de lo que veíamos antes en referencia a las miradas sobre el rol del psicólogo, pero ahora colocadas entre los propios colegas de disciplina. Relaciones de poder estereotipadas que se reproducen en diferentes ámbitos. Osvaldo Graña lo plantea de esta manera: “...se actúa desde el o los lugares asignados por los encargados de su formación curricular o extracurricular, reproduciendo, a la vez que produciendo, sujetaciones o dependencias patológicas” (p. 9) En la misma consideración, varias veces se escucha: “¿Con quién te haces terapia?” ... y así tenemos psicólogos de diferentes categorías de acuerdo a esos “padrinos”.

No pretendemos con lo anterior, cuestionar la riqueza del saber y experiencia adquirida por los colegas reconocidos en el ámbito Psi. Nuestro interés es considerar la promoción de otras generaciones independientes y creativas para el enriquecimiento de nuestra disciplina.

Otras muchas consideraciones podrían hacerse, pero preferimos ahora definir brevemente el espacio que consideramos esencial a nuestros quehaceres: la psico-higiene y la psico-profilaxis. Siguiendo a Bleger (1982). Definimos a la primera como promoción de salud, que implica intervenir en y desde la vida cotidiana, dando cuenta de las múltiples problemáticas que en ella se incluyen: económicas, sociales, culturales. Entendemos a la psico-profilaxis como prevención de enfermedad. De acuerdo a la definición de Mirta Videla significa:

Contribuir con nuestras estrategias técnicas y nuestro marco teórico de referencia, a que la gente pueda preparar, aparejar y disponer sus recursos, para enfrentar un problema, una crisis o un sufrimiento, que ha sido previamente definido, circunscripto o diagnosticado por ellos mismos. (Videla, 1991, p. 49)

Decimos entonces, insertarnos en la vida cotidiana trabajando con la gente, elaborando conjuntamente temas, mitos y prejuicios, contribuyendo en un “auténtico proceso liberador (que) requiere resolver la compulsión a repetir formas de vida y estructuras de relación basadas en la dominación y el sometimiento” (Giorgi, 1990, p. 131). Seguramente, encarar la tarea de esta manera implica un cambio de actitudes y espacios. Entre otras cosas significa pensar con la gente, en ese mismo ambiente socio-cultural que nos construye y nos influye. Necesitamos analizar la demanda a nuestra

profesión, no sólo desde la gente, sino desde nosotros mismos. Claro que resulta difícil cambiar, y todos y todas tenemos nuestras cuotas de resistencia al cambio. Inventar praxis nuevas y marcos teóricos acordes a nuestra realidad, implica el reto y, también, creemos, el fundamento de la actividad a asumir.

Concebimos la tarea del Psicólogo como un agente cooperante para el cambio. Para que esa función sea cumplida adecuadamente, debe comenzar a practicarse en la misma profesión. En cierta forma, hacer psicohigiene con nosotros mismos, dando cabida a nuestra creatividad e intuición y, por tanto, a nuestra mejor realización como trabajadores profesionales. Definir cada vez más nuestro rol en la Sociedad e integrar cada vez más a la Sociedad en nuestras teorías y prácticas, ese es el objetivo.

Para culminar esta primera fase del trabajo una frase de Alfredo Mofat (1988): “Por eso nosotros decimos... al carajo con tantas palabras elegantes y castradas, al carajo con esta ciencia super-abstracta que no nos permite comprender e instrumentar la realidad en la que estamos metidos” (p.9).

Veamos en lo que sigue, esbozos de presentación de los nuevos tiempos y las demandas visibles o invisibles para nuestra disciplina.

Discusión - Siglo XXI, Los nuevos cambalaches subjetivos

En estos tiempos, parece que varias cosas hubieran llegado a su fin (ética, trabajo, utopías, dos mundos confrontados). Diagnósticos diversos procedentes de teorías de la posmodernidad, la hipermodernidad, la sobremodernidad, o conceptos apocalípticos de la modernidad acabada. Todos y todas, globalizados/as en un mundo de competencia, individualismo y búsqueda desenfrenada del tener para poder ser. Con revoluciones tecnológicas que nos revolucionaron la subjetividad, sin saber muy claro hasta donde y como. Con pasajes de búsqueda del hombre (y mujer) nuevo, al móvil o el LCD nuevo. Con contraseñas para cada segundo de nuestra vida y nuestra identidad. Esta última, nuestra identidad, parecer ser la buena conjunción de pins, contraseñas, claves, que nos identifican ante el mundo validado, o sea, el mundo hegemónico. En este mundo, en este devenir de la historia, ¿Qué cosa será la subjetividad?; ¿Qué, el aparato psíquico?; ¿En qué modos y formas se habrá transformado la libido? Pero también; ¿Cómo entender la cuestión social actual, con trabajos tercerizados, privatizaciones e informalidades laborales diversas?; ¿Cómo los movimientos sociales, con respuestas inmediatas ante situaciones urgentes, pero a veces sin historia previa?; ¿Cómo lo político profesional, tan desacreditado en representaciones que no representan y corrupciones varias que indignan la miseria?; ¿Cómo la creciente desigualdad, segmentación y fragmentación social, cultural, económica, vital? Tantas preguntas posibles, donde

aún intentamos respuestas necesarias. Tantas respuestas posibles, ante preguntas necesarias. ¡Tantas!

En estos tiempos, en estos espacios, en estas circunstancias, intentamos pensar y actualizar aquellos indicadores que tomábamos a modo de ejemplo en las décadas de los 80`y 90`.

Seguramente, una primera tarea sustantiva para prácticas comprometidas y des- alienantes de sujetos singulares y colectivos, pase por desnaturalizar este conjunto de situaciones y condiciones que se dan por ya establecidas y únicas. En ese sentido, entendemos que no podemos asumir a la salud mental como adaptación pasiva a la vida “que toca”, si esa vida - el sistema hegemónico que la constituye - esta desajustado con la propia vida. No parece sano o normal, seguir construyendo sistemas extractivistas que agotan nuestros recursos naturales colectivos, pero también nuestros recursos singulares como personas. La lógica del sistema se internaliza en nuestros hábitos de vida, construyéndonos en sujetos que intentan extraer el máximo de recursos posibles de nosotros mismos, para seguir siendo competitivos y estar incluidos. Lógica extractivista singular que nos lleva al estrés, el *burnout*, el pánico, la depresión, la angustia, la adicción, a algo que nos descuelgue por un rato del mundo. Viera (2015) dice:

(...) nuestra tarea debe cooperar en desnaturalizar procesos que nos han instalado en agentes de adaptación o de mejora para un sistema socio- cultural que produce sujetos enfermos. Si no logramos problematizar tal sistema, algo del orden de lo cómplice entra a colarse por nuestras acciones asépticas preñadas de ideología hegemónica (p. 206).

En este sentido, cada vez más para nuestra disciplina se plantea la exigencia de constituirse en una psicología situada y comprometida con las realidades concretas con las cuales trabaja. Una psicología que trata de entender el mundo, no para diagnosticarlo solamente, sino para cooperar desde su saber - interconectado fuerte y fluidamente con otros saberes, académicos y no académicos - en la transformación imprescindible de las condiciones que generan la enfermedad singular y colectiva.

Resulta imprescindible trabajar en la recuperación de nuestras historias, memorias, identidades. Facilitar la descolonización subjetiva de prácticas y miradas del mundo. Romper estereotipos, modos de pensar y transferir saberes naturalizados, que poco o nada tienen que ver con nuestras vidas cotidianas, con nuestros sujetos concretos, habitantes de espacios vitales comunes que, a veces, se pierden en abstracciones teóricas que dicen los libros y autores hegemónicos y que muy poco tienen que ver con las necesidades de nuestra gente.

La hegemonía económica, política, cultural, se manifiesta en la ciencia y resulta importante dar cuenta de ello. Dónde hay que publicar, qué hay que investigar, con quienes se financian nuestras prácticas posibles, todo ello marca un abanico aparentemente posible, único, por donde se

debe transitar para tener éxito profesional y académico. Resulta sustantivo trabajar en los aspectos éticos que hacen a nuestras tareas, Producir conocimiento en serio y no redactar hermosamente que lo estamos haciendo. No buscar alcanzar el *ranking* personal, olvidando porqué y para quienes o con quienes queremos trabajar. Ser críticos para la vida, con la vida, por la vida y no para la galería academicista que aplaude nuestro ingenio y buen *lobby* para ascender de grados.

A lo interno de la disciplina reproducimos estructuras de opresión que criticamos como un sistema abstracto, aparentemente ajeno, fuera de nosotros, ubicado en algún lugar demonizado, donde otros operan. Nuestras propias organizaciones profesionales tienden a veces a generar espacios donde algunos aparecen como los poseedores del poder y el saber, mientras otros tantos solo pueden quedar registrados (sin registro real) como los invisibles invisibilizados que esperan su turno para llegar al lugar del poder e invisibilizar a otros. Mucho por hacer en nuestra disciplina para ver territorios en vez de trocitos fragmentados de tierra que atentan contra el ámbito ecológico de la construcción de saberes. Territorios que produzcan emancipaciones y no adaptaciones pasivas a sistemas heterónomos. En tanto apuntemos a esa construcción colectiva de saberes, transmitida en la formación con nuestros estudiantes, existirá una posibilidad real de contribuir al trabajo con la gente y no para la gente.

Como psicólogos/as, ciudadanos/as, necesitamos apostar a la esperanza rebelde, resistente, activa, en un mundo desesperanzado. Esperanza como herramienta que permite construir futuro, cambiar el presente, resignificar el pasado. Necesitamos asumir plurales no como adjetivos simpatéticos, políticamente correctos, sino como sustantivos de nuestros actos.

Contenidos, prácticas, metodologías, herramientas pedagógicas, requieren el cuestionamiento y problematización de categorías que nos han categorizado, romper los propios estereotipos con los que nos han oprimido y de los cuales muchas veces participamos como cómplices en la lógica de la asepsia en la investigación científica. Investigamos, enseñamos, trabajamos con otros, en un contexto específico, con sujetos y subjetividades que se producen y devienen en nuestro continente, en el Sur, dependiente, colonizado, subjetivado desde una lógica hegemónica pocas veces visibilizada, pero, lamentablemente, continuamente actuada. Esa lógica es muchas veces traducida en rigurosidad científica o pragmatismo profesional, sin dar cuenta de las ideologías, finalmente naturalizadas, que las sostienen.

No debemos parecernos a las Universidades del primer mundo. No debemos ni necesitamos estar a la par de lo valorado en el mundo hegemónico. Debemos producir desde nuestras cotidianidades, desde nuestras historias, desde nuestras memorias. Mirarnos, sentirnos, pensarnos más. Saber que la señora o señor de cualquier barrio, colonia, comunidad, que necesita de nuestros saberes (en diálogo con sus saberes) no vive, ni

especula vida, desde siglos o lugares abstractos. Que comparte esos espacios que a veces, nosotros, desde una búsqueda de práctica científica aséptica, olvidamos que compartimos. Tal vez por ello haya logrado convertirse en un naturalizado más, a pesar de discursos políticamente correctos, que la investigación es la madre (o padre) de todo, siendo la extensión apenas un conjunto de prácticas no científicas ni rigurosas, donde trabajan los que no les dan las capacidades para ser un Investigador (con mayúscula). De ahí a decir que la integralidad de la función universitaria pasa a ser sólo un discurso bonito, pero planteado desde lo dilemático, apenas un paso.

Desde nuestra forma de sentir, pensar y hacer Psicología, ella es profundamente política, tanto por lo que hace, por lo que no hace, como por lo que deja hacer. Profundamente política en sus prácticas académicas y profesionales. Profundamente política en sus concepciones epistemológicas y éticas. En sus haceres desde esas concepciones. Profundamente política en las luchas disciplinares y entre sub- disciplinas de ella misma.

Trabajamos, pensamos, hacemos, desde este continente: América Latina, *Abya Yala*, si pudiéramos conectarnos más con nuestras memorias y patrimonios culturales. No es un menosprecio o desvalorización conocerlo y reconocerlo. En este continente, el realismo mágico existe, en este continente la colonización y el exterminio de culturas existió y perdura, en este continente la desigualdad nos caracteriza...En este continente estamos; por ello seguramente nuestra disciplina tiene mucho camino a transitar para hacerse cargo que desde esos sujetos y subjetividades hablamos y hacemos.

Finalmente, y por ello, desde nuestra opción profesional, académica, política, ética, decimos que trabajamos, pensamos, sentimos, desde una Psicología Política Latinoamericana. Para algunos/as, ambigua, para otros/as poco rigurosa, para otros/as sesentista, utopista, *hippie*, para otros/as... En fin, los calificativos pueden ser diversos, pero importa seguir sumando y construyendo una efectiva y eficaz (para estar a tono con las demandas de época) articulación de saberes, con un saber y una práctica situada, produciendo salud (no mental sino integral; un absurdo parcelarla) y, por tanto, en la liberación de los sujetos singulares y colectivos. Psicología Política Latinoamericana; Psicología de la Liberación. Desde aquí ha sido el aporte de este escrito y desde aquí, fundamentalmente, seguirán siendo nuestras prácticas y desafíos.

Referencias

- Bleger, J. (1982). *Psicohigiene y psicología institucional*, Buenos Aires: Paidós
- Braunstein, N. (1989). *Psicología, ideología y ciencia*. México: Siglo XX

- Castoriadis, C. (1975). *La institución imaginaria de la sociedad II*. Buenos Aires: Tusquets
- Coordinadora de Psicólogos del Uruguay (1989). Imaginario social del Psicólogo, *Revista Sic*, año 1, (1). Montevideo
- Foucault, M. (1978). *La verdad y las formas jurídicas*. Brasil: Pontificia Universidade Católica do Rio de Janeiro.
- Freire, P. (1971). *Pedagogía del oprimido*. Montevideo: Tierra Nueva
- Giorgi, V. (1990) *Vínculo, marginalidad y salud mental*. Montevideo: Roca Viva
- Graña, Osvaldo (1991). Psicólogo en el interior, *Revista Relaciones*, (87). Montevideo
- Martín-Baró, I. (1983) *Acción e ideología: psicología social desde Centroamérica*, San Salvador, UCA editores
- Martín-Baró. I. (1986). Hacia una psicología de la liberación, *Boletín de Psicología de El Salvador* (5), 22, pp. 219-31, San Salvador
- Menéndez, E. (1991) citado en Videla, M. (1991). *Prevención: intervención psicológica en salud comunitaria*. Buenos Aires: Cinco
- Moffat, A. (1988). *Psicoterapia del oprimido*. Buenos Aires: Humanitas
- Pichón Rivière, E. (1985). *El proceso grupal. Del psicoanálisis a la psicología social (I)*, Buenos Aires: Nueva Visión
- Sobrado, E. (1978). *Acerca del ser sujeto*. Montevideo: Imagos
- Vastus (1949). *Diccionario enciclopédico ilustrado*. Buenos Aires: Sopena.
- Videla, M. (1991). *Prevención. Intervención psicológica en salud comunitaria*. Buenos Aires: Cinco
- Viera, E. (2015). Formación en Psicología. ¿Un insumo para el sistema? ¿En el sistema?
- ¿Contra el sistema? Publicado en: Barrero, E. (coord.) (2015) *Formación en Psicología. Reflexiones y propuestas desde América Latina*. (pp. 179-212). Bogotá: ALFEPSI

Fecha de recepción: 17 de febrero de 2020

Fecha de aceptación: 25 de junio de 2021